



## TODOS SE ENTRENARON EN ESPAÑA

Por EDUARDO COMIN COLOMER

**I**NDUDABLEMENTE, el general «Walter» era uno de los jefes militares que mayor prestigio adquirió de entre cuantos fueron y pasaron por las Brigadas Internacionales. Quizá al principio no tuvo grandes simpatías, porque en realidad no era persona capaz de atraerse la amistad por el simple «flechazo». Pero cuando, poco antes de la Navidad de 1936, comenzó a formarse en Albacete la XIV Brigada, no faltaron elementos interesados y oficiosos—de indiscutible filiación comunista—que propalaron las excelentes calidades militares y políticas de aquel polaco «educado a lo moscovita». Y, en efecto, Carol Swierzewski estuvo a punto de ser la causa de un grave conflicto entre los «brigadistas» a raíz de ser zancadilleado por el coronel francés Julio Dumont.

Para cuantos pensaban en soviétismo, la historia de Walter comenzó a ser popular. En 1915 hacía sus primeras armas al servicio del comunismo polaco, encontrando en la U. R. S. S., luego de la caída del zarismo, la más formidable escuela que pudo soñar. Hombre audaz, de profundas convicciones, pronto quedó en la Unión Soviética a disposición del «Bureau» polaco instalado en el Kremlin, sin descuidar su aprendizaje en la Escuela Frunze, de Moscú. Como ciudadano soviético y señalado por su gran actividad, llegó Walter a España, convirtiéndose a la XIV Brigada Internacional, colocada bajo su mando, en una unidad bastante disciplinada que, en ocasiones, le sirvió de sólido pedestal.

Asistido de Heusler, miembro del partido comunista francés, y del comandante Morandi, italiano, como jefe del Estado Mayor, inculcó a sus mil y pico hombres los principios fundamentales del bolchevismo, aunque respetara el apoliticismo de algunos jefes de grupos venidos a España por el señuelo del botín.

Cuando, en los primeros días de septiembre de 1937, los belgas que integraban la XIV Brigada Internacional recibieron orden de dejar su descanso de Alcalá de Henares para hacer su presentación en Madrid, muchos de los jefes de unidades, como la mayor parte de los soldados rasos, creyeron que iba a producirse en ellos un cataclismo similar al acontecido con la XIII en las inmediaciones de Villanueva de la Cañada, luego del terrible descalabro ocurrido en Brunete.

Y es que, verdaderamente, desde el cambio de mandos, eran infinitos los «internacionales» que no se sentían a gusto. Hacía tiempo que por multitud de conductos ha-

bían presentado una importante «reivindicación»—derecho al permiso con regreso a los países de origen—, que, en lugar de ser atendida o razonadamente contestada, había tenido efectos contrarios en diversas agrupaciones. Tal ocurrió con la XIII Brigada. Sus tropas, después de una dura permanencia en la primera línea, a las tres horas escasas de haber conseguido el relevo, recibieron orden de volver al frente. Se negaron y fueron desarmadas por compañías de guardias de Asalto, enviadas desde las altas esferas marxistas tan pronto como el comandante Krieger, furioso, vió hundirse el sentido de la disciplina, por la negativa de sus oficiales en dar a las tropas orden de regresar al punto en que lo encarnizado del combate produjo el absoluto desfondamiento de las secciones de fusileros de la Marina, encargadas de cubrir tan castigado sector.

Aquella vez, sin embargo, se equivocaron los pesimistas. La ida a Madrid tenía motivos muy distintos y, por consiguiente, hasta agradables para los flamencos, a quienes se confería la distinción de custodiar y rendir honores a Louis de Brouckère, su compatriota, presidente de la Internacional Socialista Obrera (Segunda Internacional), visitante del frente de Madrid después de enconadas campañas en defensa del marxismo y de lo que en España representaba.

No faltaban en la XIV Brigada comunistas convencidos. Tanto que se hallaban dispuestos a olvidar para siempre las famosas consignas que contra los «amarillos» (socialistas) habían recibido cuando, en las filas de su partido, trataron de absorber y aniquilar, en beneficio de la Komintern, a las masas trabajadoras de la nación belga.

Cierto que Louis de Brouckère no solamente había tratado de movilizar al socialismo mundial desde el sillón presidencial de la Internacional que dirigía, sino que, como fiel representante de una corriente de opinión blandengue, tantas veces desbordada por el soviétismo, no vaciló en aproximarse al organismo creado por Moscú, llegando incluso a claudicaciones que tuvieron como fruto, durante la segunda guerra mundial, la desaparición de la entidad, que no pudo resolver su crisis en forma tan satisfactoria como aquella otra, no menos grave, afrontada cuando la conflagración de 1914-18.

De Brouckère traía a Madrid la aureola propagandística formada a su alrededor por el establecimiento, en sus conversaciones ginebrinas, de tres puntos fundamentales,



El entonces presidente de la Segunda Internacional, Louis de Broekère —con su larga barba—, estuvo en Madrid (septiembre 1937) durante la guerra española y pasó revista a las Brigadas Internacionales. En el centro, Luigi Longo («Luigi Gallo»), vicepresidente del partido comunista italiano e inspector general de las citadas Brigadas.



En los teatros madrileños se sucedieron, durante la guerra civil, los actos de propaganda oficial comunista. Banderas con la inscripción «U. R. S. S.», en lo alto, y retratos de Stalin, en el centro, presidían las jornadas. Y amplios, gigantescos carteles: «¡Viva la Unión Soviética, defensora de todas las democracias del mundo! ¡Viva el camarada Stalin!»; etc.



El Escorial fué residencia de las Brigadas Internacionales. A la sombra del Monasterio celebráronse mítines, festines y oraciones. En esta foto, entre banderas extranjeras—la mayor, y en el centro, la roja—, el coronel francés Dumont (segundo de la izquierda) y el italiano Luigi Longo, en tanto otro «internacional» arenga a la XIV Brigada.



Los batallones «André Marty» y «La Marsellesa» reciben la visita de importantes elementos soviéticos. El primero de la izquierda es el propio André Marty. En el centro, el coronel Dumont... Con ellos, el teniente coronel italiano Nino Naneff, el comisario de la XIV Brigada, Barthell, y el jefe del Estado Mayor Internacional, Claus.

condensables, realmente, en uno solo, que pretendía marcar en los Gobiernos la influencia típicamente socialista y de pacifismo. Todos estos hechos dieron lugar a que entre los «brigadistas» cayera muy bien la presencia de Louis de Broekère, cansados ya de su aventura desgraciada en tierra española. Para aquel acto, el coronel Dumont consiguió una «mise en scène» perfecta y muy versallesca. En el Hotel Victoria, alojamiento de los «internacionales» belgas, formaron los soldados de tal nacionalidad con disciplina y aseo, mientras que los oficiales, reunidos en el «hall», más prácticos o con mayor alcance, despotricaban contra las «ayudas espirituales».

Es que, además, en este caso particular de los belgas, desde que las Brigadas Internacionales se constituyeron en España, eran ya tres las comisiones «de importancia» que Bélgica tenía enviadas. Formó la primera Camilo Huysmans, alcalde de Amberes y presidente de la Cámara popular, con una delegación parlamentaria. Les siguió el grupo integrado por Joseph Neves, Eduardo Van Egendonck, Pascual François Sainde y René Delbrouck, senadores socialistas, llegados en 1937, junto con algunos periodistas de izquierda y Louis Pierard, que habló en la Plaza de Toros Monumental de Barcelona a beneficio del marxismo.

Ahora, como huésped de honor, Louis de Broekère iba a seguir las huellas de Friedrich Adler, secretario general de su propia Segunda Internacional, y de Walter Schevenels, con idéntico cargo en la Federación Sindical Internacional, afecta como entidad profesional a la ideología socialista.

El presidente de la Organización socialista mundial, con su imponente aspecto, vió en aquellos desdichados que aparentaban felicidad una gran parte de su propia obra. Bélgica—la Bélgica comunista, naturalmente—acogió con el mayor entusiasmo la labor de recluta de elementos para las Brigadas. Y Broekère, furibundo antimilitarista, no hizo entonces ascos al aparato militar que le recibía al son de trompetas, presentando armas e inclinándole las banderas. Un comentarista de aquella XIV Brigada—jefe de unidad montada—dijo de su compatriota:

«El presidente de la II Internacional pasó entre dos filas de soldados deshaciéndose en saludos. Tenía todo el aire de un presidente de República, con su buena cabeza de doctrinario y su barba en abanico.»

Y durante su estancia en España, aquel hombre, de un metro noventa y siete centímetros de estatura y un peso de ciento tres kilos, no pasaba de ser un simple juguete del italiano «Luigi Gallo»—Luigi Longo, en su verdadero nombre—, quien, como comisario general de las Brigadas Internacionales, no se separó ni un solo instante de la figura más representativa de los «amarillos».

Pero no hay que ocultar que la entrada en España—zona marxista—de comisiones políticas extranjeras respondía a las conveniencias soviéticas y no a las que pudiera tener el Gobierno títere de Madrid, huido por entonces a Valencia. Eugenio Van den Bosschen (1), ex oficial de las Brigadas, declaró:

«Esta infernal máquina de guerra es una creación de la Komintern. Es la encar-

gada de sostener todos los movimientos revolucionarios que serán desatados por los comunistas en todos los países del mundo, menos en la U. R. S. S. ...»

Y siendo así, lógicamente Moscú no solamente tenía que preocuparse por «soldados». Los oficiales y sus mentores políticos eran personajes de mayor importancia, porque, como dijera el francés André Marty en el discurso de despedida a los voluntarios de las Brigadas (1):

«Partimos. Pero no nos vamos a descansar. Vamos a luchar... No vamos a dormir. Cambiamos de frente.»

Esta resultó, por consiguiente, la causa de que España fuera lugar de desfile de aquellas figuras que, andando el tiempo—poco relativamente—se convertirían en los «quingslins» soviéticos: los jefes selectos de las «quintas columnas», a disposición de la U. R. S. S.

Carol Swierzewski, el «general Walter», asesinado el día 3 de abril de 1947 por los «partisanos» polacos—según referencia oficial (2)—, era entonces viceministro de Defensa Nacional del Gobierno comunista de Varsovia, y en cumplimiento de su cargo inspeccionaba la zona fronteriza, siendo tiroteado y en las inmediaciones de Sanok. Ocupaba un puesto muy importante para Moscú.

Mas como éste es sólo uno de los muchísimos casos que podemos ofrecer, citaremos someramente a los que, con personalidad política en las Brigadas Internacionales, adquirieron mayor, al terminar la guerra mundial, en aquellos países que, por estar dentro de la órbita del Kremlin, se encuentran «tras el telón de acero».

Luigi Longo, vicesecretario del partido comunista italiano, al constituirse la Kominform, suscribió, en nombre de su grupo, la adhesión a la Internacional dependiente de Moscú. En la capital de la U. R. S. S. se encontraba cuando empezó la guerra civil española y, como miembro preponderante del «Buro Latino», hubo de incorporarse al cuartel general de las Brigadas, en Albacete, con el cargo de comisario general.

Un hecho que demuestra la sutil táctica de Moscú es el de que Longo, o «Luigi Gallo», llegó a España en octubre de 1936, como acompañante de Pietro Nenni—socialista desplazado—y junto con Ruggero Griego, diputado por el partido comunista italiano. Nenni actuaba en calidad de comisario político de la Brigada «Garibaldi»; este movimiento estratégico de confiar a un «amarillo» tan importante papel estaba perfectamente compensado por la presencia de Vittorio Vidali—quien ya había estado en España en 1934, interviniendo en la llamada «Commune» asturiana—. Vittorio Vidali mandaba la XI Brigada. Figura preeminente del partido soviético en Trieste, nada ha de envidiarle a Randolpho Pacciardi, a Giuseppe de Vittorio—secretario de los sindicatos comunistas—, a Giuliano Payeta, que preside las juventudes; a Illio Borontini—dip-

(1) Este acto se celebró el 25 de octubre de 1938. El diario comunista francés «L'Humanité» publicó una amplia reseña el 28 del mes siguiente.

(2) El hecho de que, a raíz de la agresión a «Walter» no se realizara represalia alguna, pese a su jerarquía, induce a creer que el asesinato no debe ser achacado a los «partisanos» anticomunistas.

tado y secretario del partido en Leghorn—o Giovanni Pesce, que ostenta la secretaría de la «Agrupación de guerrilleros» de Milán—donde también figura Francesco Scotti, secretario provincial—; ni tampoco a Clemente Maglietta, con cargo similar en los sindicatos napolitanos. De todos, acaso puede ser destacado Eduardo d'Onofrio, integrante del «Politburó» nacional.

André Marty fué la cabeza más visible de cuantas intervinieron para crear las «Brigadas Internacionales» que lucharon en España. La figura que en 1919, hallándose a bordo del torpedero francés «Le Protée», en el mar Negro, sublevó a la marinería para evitar el auxilio de las potencias occidentales al general Denikin, combatiente de los soviets, fué el brazo derecho de Jorge Dimitrov—lanzador de la consigna del «Frente Popular» desde la secretaría general de la Internacional comunista, en 1935—, y cooperó a que el plan concebido en el Kremlin, en reunión convocada para los delegados de los «partidos nacionales», tuviera viabilidad en el orden político, toda vez que del militar se encargaba «Walter». Con Marty, el comunismo francés tuvo en España un plantel de agitadores, como Augusto Lecouer, afecto al Estado Mayor de las Brigadas, quien, al terminar la guerra mundial, fué subsecretario del Ministerio de Industria de Francia. Como Roy-Tanguy, coronel que en la brigada «La Marsellesa» tenía a su cargo la adoctrinación política de los combatientes, y que volvió a ingresar en el ejército galo, al igual que el general Vicent. Lo mismo podría decirse de los antiguos comisarios políticos Chaintron, Carlos Tillon y Barthelemy. A los citados pueden añadirse dos nuevos nombres: François Vittori, a quien se debe el golpe comunista de Córcega, y Mauricio Lampe, verdadero director de la Asociación de ex combatientes.

Checoslovaquia tuvo otra nutrida representación. Los hombres destacados a España con el pretexto de las Brigadas Internacionales ocupan posiciones importantísimas en el Gobierno o esferas oficiales de su país. Clemente Gottwald es una verdadera figura política checa. En las Brigadas Internacionales que lucharon en España le correspondió la función de organizador, con Marty y Longo; fué secretario del partido comunista checoslovaco y llegó a presidente del Gobierno de su país. En su misma batería, en España, estuvieron Laco Holdos, después vicepresidente del Consejo checo; Joska Spirk, dirigente supremo de la Unión metalúrgica; Bohumil Lastovicek, que tiene a su cargo la radio nacional checa; Milos Nekvasil, en cuyas manos está la oficina de Censura; Leopoldo Hoffman, quien en su país, hoy, pudo organizar a su antojo la policía uniformada; Jirzi Horský, jefe adjunto del Servicio de Información de Checoslovaquia, quien tiene el mismo empleo de teniente coronel que en España, y el escritor Ilya Bart, que mangonea a capricho la Unión de Escritores checos, afecta a la Internacional de Escritores de la Kominform.

Poco tendremos que recalcar respecto a José Brooz, «Tito». No participó en funciones activas en el territorio español; pero en Francia era la clave de los alistamientos para las Brigadas Internacionales que lucharon en España. El hecho de que hoy aparezca divorciado de la Kominform no le resta mérito alguno, por cuanto puede recibir la calificación de «superador del stalinismo», o lo que es igual, de «trotskysta».

Jorge Dimitrov, cuando se entronizó en Bulgaria, pudo elegir rápidamente elementos de confianza para el Kremlin. El director de la Escuela militar tanquista de Plovdiv mandaba en la zona marxista española un grupo de tales máquinas, afecto a las Brigadas Internacionales. La Unión de Combatientes búlgaros, reserva magnífica para los lansquenets rojos al servicio de la revolución mundial, la rige Trajan Menov, que en la zona roja mostró sus preferencias por las compañías de Sanidad, y Karanov, capitán en España de una sección de Información, cultiva su especialidad al frente de la radio búlgara.

En cuanto a los polacos que lucharon en España, recordaremos a Szyr, comisario político del batallón «Palafox», y que en el Gobierno provisional de Varsovia asumió la Subsecretaría de Industria; Ksiezarezyk, jefe de un batallón de «internacionales», después organizador en su país de la Policía de Seguridad; el coronel Torunczyk, quien optó por representar los «territorios recuperados»; Tadeusz Oppman, que ha recibido una misión especialísima: la reorganización o, por mejor expresarnos, el reajuste de las futuras Brigadas Internacionales, y el ex comisario político Mieczyslaw Szleyen, que, al crearse en el ejército polaco la Escuela de Educación Política para oficiales, se encargaba de dirigirla.

Por la parte de Hungría, los elementos más destacados de cuantos formaron en España en las filas de los «brigadistas» han mostrado preferencia singular para funciones policíacas: la Dirección de Seguridad corre a cargo de Miklos Szalvai, jefe en España de un grupo de acción con el nombre de «Tchappaiev»; el prefecto de Policía de Bucarets es Ferenc Munnich, y Ladislao Rajk llegó a ministro del Interior.

\*\*\*

Al citar a estas figuras del lado rojo de la guerra de España, hemos hecho mención de los principales «quingslins» situados hoy por Moscú en los países en que domina o influye.

Después de cuanto hemos consignado, sólo nos resta recoger un párrafo de las declaraciones que André Marty hizo a «Mundo Obrero», órgano comunista madrileño, en 9 de noviembre de 1938. Justifica la presencia de agitadores de rango internacional en España y obliga a pensar—al confrontar con los hechos actuales—sobre la realidad de su función.

«En las Brigadas Internacionales—dice Marty—lucharon 33 miembros de Comités Centrales de partidos comunistas... De los 300 miembros de Comités Provinciales de los diferentes partidos comunistas que vistieron el uniforme de internacionales, 120 perecieron a lo largo de la guerra.»

Cabe, si acaso, otro párrafo final. Corresponde al general «Kleber», alto dignatario de Moscú:

«Las Brigadas Internacionales forman parte del ejército soviético; son su fuerza de choque. Estas Brigadas están a disposición exclusiva de la Komintern, y al final de la guerra española serán empleadas en las misiones que la Komintern considere más oportunas.»